Cortes del cuerpo, goce del amo

Mario Orozco Guzmán¹

*Cuerpo Académico UMSNH-CA-117 Estudios sobre teoría y clínica
psicoanalítica. Facultad de Psicología de la Universidad
Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*

Hada Soria Escalante

*Facultad de Psicología de la Universidad
Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*

Resumen

El control de las pasiones ha sido por mucho tiempo una búsqueda incansable para el ser humano, el cual intenta consumir el anhelo de supremacía del Yo. En la época contemporánea, el cuerpo ha sido colocado a nivel de objeto sobre el cual se podría ejercer ese intento de dominio del Yo, lo que llevó a Freud a proponer el concepto de “Bemächtigungstrieb”, pulsión de apoderamiento. Sobre el cuerpo recae la historia del sujeto, sus marcas, su recuerdo y memoria, siendo incluso testigo de la reimpresión de sucesos traumáticos. Sin advertir la inminente intervención del superyó, el Yo pretende erigirse como Amo. Se coloca a sí mismo como el castigador que doma al cuerpo y que lo corta en un ejercicio de poder, pretendiendo de él su total sometimiento a la ley de lo *Individual*, pero donde convergen, sin embargo, en un encuentro de goce, el castigo, la crueldad y el deseo, colocando los cortes al cuerpo en su mezcla de placer y punición.

Palabras Clave: Bemächtigungstrieb, Corte, Yo, Amo, Goce, Dominio.

Abstract

Achieving control of his passions has been for a long time a tireless search for the human being who attempts to consummate the supremacy desire of the Ego. Currently, the body has been placed as an object, on which it might be possible to execute the Ego's attempt for reaching domain, which led Freud to propose the concept “Bemächtigungstrieb”, drive of

---

¹ Correspondencia: orguzmo@yahoo.com.mx

empowering. Falling on the body is the history of the subject, his marks, his memory, and even being witness of the reprinting of traumatic events. Without realizing the imminent intervention of the Superego, the Ego places itself as the master. It places itself as the punisher that tames the body and cuts it, exercising its power, and pretending from the body total submission to the law of *Individualism*, converge, however, in an enjoyment encounter, penalty, cruelty and desire, placing the cuts to the body in a mixture of pleasure and punishment.

Keywords: Bemächtigungstrieb, Cut/Cutting, Ego, Master, Enjoyment, Domain.

Parte I

El cuerpo está sometido a las prescripciones que hacen de la cultura ejercicio pautado de normas. El Decálogo del Dios celoso y punitivo de Moisés alcanza y logra el dominio del cuerpo. La prohibición del incesto tal como aparece en el Levítico (Lev. 18, 8) se inscribe en un mandato que prohíbe que alguien *descubra* las *puendas* o *vergüenzas* de sus padres, o las suyas propias ante aquellos. La venganza pasa por la implicación funesta del *ojo por ojo, diente por diente*. El contacto con el cuerpo del muerto obliga a rituales de purificación. En la guerra se *defiende* a la patria con el cuerpo. La circuncisión, y el cortar el clítoris, así como la sutura permanente de los labios menores aún practicada en tribus nigerianas, fincan el compromiso absoluto del pueblo con este Dios que se empeña en ser temido con su atronadora voz. La circuncisión se presenta como operación de corte e inserción, como prueba de sujeción, de pertenencia a un pueblo y sus ordenanzas, siendo lo esperado para convertirse en ciudadanos dignos: "(...) los que han adoptado la circuncisión, están orgullosos de ella. Se sienten elevados, como ennoblecidos, y miran con desprecio a los demás, estimándolos impuros" (Freud, 1939/2006, p. 29). No se trata sólo de un corte en el cuerpo, también de un corte sobre una postura de idolatría. Como lo indica el Deuteronomio: "Cortad pues, el pagano prepucio de vuestro corazón, y no sigáis con esa dureza de cerviz" (Deut. 10, 16). Este exhorto propone el corte como acto plagado de Bien, para que se deponga una reiterativa actitud desafiante e indolente ante este gran Otro que no admite ningún otro, ninguna imagen de sí. Este pueblo, el cuerpo de este pueblo, es duro, no se deja fácilmente

domeñar. El cuerpo de este pueblo se presenta como arquetipo de rebeldía contumaz.

La preceptiva del castigo es fulminante en el discurso del Evangelio según San Mateo, y marcó un deslinde moral del cuerpo desde la perspectiva del deseo:

Si una de tus manos, o de tus pies es para ti ocasión de pecar, córtatelo y avientalo por allá lejos. Porque vale más que entres manco, o cojo en la vida, y no que con tus dos manos o tus dos pies, seas arrojado al fuego eterno. Y si uno de tus ojos es para ti ocasión de caer en pecado, sácatelo y avientalo por allá lejos. Porque vale más que entres tuerto en la vida, y no que con tus dos ojos vayas a ser arrojado a la Gehena del fuego (Mt. 18, 8-9).

Se habla de una pérdida conveniente, de una pérdida sacrificial, de una pérdida de sentido sacrificial y metonímico en tanto se trata de renunciar a un pedazo de cuerpo para no perderlo todo y para no perderse del todo. En ese lugar del cuerpo donde se da ocasión al deseo o donde el deseo ocasiona pecado y transgresión, se hace indispensable, por mandato divino, el sacrificio, el corte, la extirpación, el exterminio. Es el pecado, empuje desiderativo contra la moral, lo que introduce este seccionamiento del cuerpo. Es el pecado lo que ha hecho perder el ojo y la mano. Ya están perdidos en la causa del deseo. Ya elucidado por Freud (1905a/2006). desde sus primeros textos acerca del orden pulsional de la sexualidad, el ojo se revela como zona erógena que interviene como primaria en el placer de ver y exhibir, del mismo modo en que la piel juega su papel en el dolor y la crueldad. Es decir, ojo y piel se sitúan a nivel de lo placentero, lo pulsional y por tanto en lo que atañe al deseo. Freud se encargará de abordar, de sitiar, esta aventura de arrancamiento del ojo y la mano, así como su condición de exposición a la pérdida, como señala la sentencia evangélica.

Precisamente Freud en su texto *“Die Psychogene Sehstörung in Psychoanalytischer Auffassung”* (1910b/1999), revela en la clínica analítica que funda este corte, este arrancamiento y expulsión del ojo en la ceguera histérica. Ahí se puede destacar la presencia de una voz, *“eine strafende Stimme”*, una voz punitiva que sabe lo que el Yo no sabe acerca de sus pretensiones de *“mißbrauchen”*, abusar, hacer mal uso, del *“Sehorgan”*,

órgano visual, extraer de él un “böser Sinneslust”, maligno placer sensual (1910b/1999, p. 100). Esa voz que amonesta, que es vehículo de castigo, sabe más que el Yo y se asume como vengadora; constituyéndose como la gran voz que no cesa de hacer (se) escuchar su terrible escrutinio. Su castigo será severo, extralimitado. No se reduce a la pérdida parcial de un ojo, se expande a la de la vista total, para *dejar de ver* todo aquello que no debe ser visto. La instancia castigadora de la voz, auténtico antecedente del superyó, se conduce de manera tan abusiva, diríamos perversa, como sabe que se comporta el yo del placer visual. Freud (1910a/2006, p. 214) recalca que en estas condiciones: “El Yo ha perdido su imperio sobre el órgano, que ahora se pone por entero a disposición de la pulsión sexual reprimida”. Esta parte del cuerpo, como el cuerpo del pueblo elegido por el Dios judío, se muestra indomeñable por el yo en su pretensión de ser amo del cuerpo. Los ojos se constituyen en órgano y objeto de pulsión parcial.

Los órganos del cuerpo propio son asideros del placer, de la basculación de las tensiones y su caída, son territorios de sufrimiento y dolor, terrenos de emergencia de goce. Son los fieles testigos de las perturbaciones anímicas del ser humano, en tanto realizan una doble función al narrar la historia del sujeto, haciendo las veces de receptores y emisores de la misma. Para Freud, desde 1893, esta historia repercutirá sobre “la sensibilidad de la piel, los tejidos profundos y la conducta de los órganos externos” (1893/2006, p. 21). La primacía del ojo no se hace esperar. Los ojos están atentos a lo que ocurre en el mundo exterior, a lo que pueda convertirse en amenaza para la conservación de la vida. Están bajo la alerta de las pulsiones de vida que entran parte del orden imaginario de la realidad. Pero los ojos son vía de aprehensión, de captura, de fascinación del y por el objeto amoroso. Sus “Reize” (Freud, 1910a/1999, p. 109) –encantos, excitaciones-, atraviesan los ojos o se detienen en los ojos de modo subyugante. Al sujeto enamorado se le van los ojos ante el atractivo del objeto amoroso y también existen las miradas fulminantes. Si para Roland Barthes el “corazón es el órgano del deseo” (2009, p. 78), los ojos son el órgano del amor, en esta estructura de captura y raptó narcisista. Los ojos se escapan, se salen de sus órbitas en este afán de poseer el objeto. Se lo pretende atrapar con la vista. Por eso no sólo es una manera de acercarse al objeto, de aproximarse a sus encantos, sino

una forma de tomarlos y captarlos (¿capturarlos?). Se llega incluso a atribuirseles características de *transparencia*, logrando ver en los ojos del otro su alma, sus intenciones, su amor y su engaño, siendo dadores de vida: “Nataniel clavó su mirada en los ojos de Olimpia, donde brillaban el amor y la nostalgia. En ese momento sintió como si comenzara a irradiarse un pulso cálido en la mano helada y a encenderse la corriente de la vida” (Hoffmann, 1817/2007, p. 37). Los ojos están en la encrucijada discordante de las demandas fundamentales, de las demandas de amor y sostenimiento vital. Gravitan entre dos órdenes de pulsiones, del yo y la sensualidad reprimida. Aunque esta doble exigencia, dice Freud, es más notable en el caso de los órganos motores, los ojos están expuestos a la misma potencia punitiva y vindicativa de la moral abusiva del superyó. También los ojos son de alguna manera órganos motores, pues se mueven a instancias del cuerpo deseado, mueven el cuerpo a instancias del deseo hacia el otro o desde el otro. Por ese motivo Freud articula ojo con mano en este escenario de discordia y discordancia de pulsiones que afectan a los órganos.

Desde la posición mórbida de este superyó que acecha la ignorancia del Yo, los órganos resultan sospechosos de abuso de placer. Sobre ellos recae la feroz medida represiva y a través de ellos lo reprimido intenta su resarcimiento, retornar en búsqueda de reconocimiento. Nuevamente, nos encontramos con la doble función receptora y emisora del órgano, que entra en una dinámica de reconocimiento y desconocimiento de aquello que pudiera caer en la totalizadora prohibición de placer. Ojos y mano son órganos de contacto que podrían entrar en el conjunto de prohibiciones tabú que asedian al obsesivo, en lo que Lacan designa “el estatuto de imposibilidad del deseo” (Lacan, 1960-61/2004, p. 207). La imposibilidad se asienta en todos los trayectos del deseo. Como Freud lo subraya en *Totem y Tabú*: “Die Unmöglichkeit hat am Ende ganze Welt mit Beschlagt belegt” -La imposibilidad finalmente ha monopolizado todo- (Freud, 1913-14/1999, p. 37). Esta se vuelve tan ubica que el sujeto mismo es un objeto-tabú, prohibido, confiscado por los mandatos que impiden el contacto con cualquier cosa que insinúe la presencia de su ser deseante. Y sobre el cuerpo cae el peso de esa imposibilidad. Atrincherada por la prohibición rarificada, exaltada, como imposibilidad, la relación de contacto con el cuerpo estará también sometida a un sinfín de canda-

dos que obturan palabra y pensamiento: “Todo lo que conduzca al pensamiento hasta lo prohibido, lo que provoque un contacto de pensamiento, está tan prohibido como el contacto corporal directo: en el tabú reencntramos esta misma extensión” (Freud, 1913-14/1999 p. 35). Todo deviene imposible porque todo podría ser posible, cualquier contacto podría darse. De hecho, todo lo que sea provocación, lo que pueda provocar el deseo, invocarlo o convocarlo, todo lo que pueda tocar el deseo, debería amortizarse.

Los jóvenes que se cortan el cuerpo, que se hacen incisiones en él, no pertenecen evidentemente a esta perspectiva histórica de los seccionamientos históricos o los tabúes de contacto. Aunque es posible que tengan algunos indicios o rasgos de proximidad. Como lo expresa Juan David Nasio en *Los Gritos del Cuerpo. Psicósomática*:

“El cuerpo está como estallado; este cuerpo no es el mismo que aquel de mil años atrás. Nuestro cuerpo no es el mismo, aunque tenga la misma forma. Mi idea es que la lesión del cuerpo hoy, por lo menos para determinadas circunstancias, no existía antes; son lesiones propias de una determinada época” (2006, pp. 74-5).

Precisamente, es en la actualidad que vemos proliferar entre la juventud la tendencia a marcar sus cuerpos, a cortarlos y ofrecer nuevas formas para dar cuenta de lo que ocurre hoy en día, como retrato de una sociedad en la cual la crueldad hacia el otro es cada vez más castigada y los cortes se expanden y divulgan con mayor rapidez. Se trata pues, de una forma nueva de lesión:

“Esa es la paradoja: cada vez menos interés y atención hacia el otro, y al mismo tiempo un mayor deseo de comunicar, de no ser agresivo, de comprender al otro (...) la sociedad posmoderna al acentuar el individualismo, al modificar su carácter por la lógica narcisista, ha multiplicado las tendencias a la autodestrucción” (Lipovetsky, 2002, p. 212).

Los argumentos de Freud dan cuenta de los fracasos de la represión afectando al cuerpo, hablan de un yo que ha perdido su “Herrschaft” (Freud, 1910b/1999, p. 99) su señorío, su dominio en algo que pareciera ser lo más propio. En el caso de las lesiones que se producen en el cuerpo mediante los cortes o excoriaciones nos atrevemos a decir que exhiben este cuerpo estallado que señala Nasio, pero en el sentido también de un cuerpo que es-tallado por el Yo, el cual ostenta el dominio sobre su cuer-

po. Ese intento de dominio sobre el cuerpo (o demostración de dominio sobre el cuerpo), aparece como algo propio de la contemporaneidad, en tanto que se concatena con la actitud propia de la búsqueda de lo extremo, de poder hacerlo todo, todo el tiempo y en gran medida. Mostrar el poderío individual es la premisa. Se retrata a la sociedad posmoderna colocando al cuerpo como punto central:

“El cuerpo es precisamente el campo de batalla del poder, y el instrumento idóneo para su acción, por su carácter múltiple, impredecible, susceptible de ser usado de formas casi infinitas según los dictados culturales. Además el poder se centra en el cuerpo porque éste supone siempre un peligro potencial, la acción del poder sobre él tiene que ser reiterada, nunca es definitiva” (Azpeitia, M. 2001, p. 274).

Se trata de un dominio llevado hasta las últimas consecuencias; es decir, el dominio llevado al límite, al límite de su propio dominio. Por eso es que ellos no ocultan lo que hacen. Incluso parecen esmerarse en que lo vea y lo sepa otro. Llegan a ocupar más de un testigo. Sin embargo, en la medida en que se trata de una apuesta donde el dolor se coagula en el goce, también muchos tienen una relación con sus “cortes” de ocultamiento, donde se resguarda su carácter de tentación y acción punitiva.

Desde luego que no se puede obviar la experiencia mística en relación con el ensañamiento de la escarificación en los adolescentes. En dicha experiencia el cuerpo resulta ser el enemigo a vencer:

Le corps vecteur d'une démarche sacrificielle. Toutes les formes d'humiliation ont été explorés par ces âmes exigeantes et déchirées, gouvernées par le principe de la dévalorisation, de la perte absolue de soi. Si l'on hésite pas à tourmenter son corps, à le châtier, c'est bien parce qu'il ne mérite aucun respect... Dompter sa chair, c'est d'abord s'infliger une féroce discipline² (Gélis, 2005, pp. 46-7).

Los jóvenes no hacen del castigo al cuerpo una disciplina de martirio para asimilarse al cuerpo de Jesucristo torturado en la cruz. Las excoria-

---

² El cuerpo vector de una gestión sacrificial. Todas las formas de humillación han sido exploradas por estas almas exigentes y desgarradas, gobernadas por el principio de la desvalorización, de la pérdida absoluta de sí. Sin no duda en atormentar su cuerpo, en castigarlo, es claramente porque no merece ningún respeto... Domar su carne, es de entrada infligirse una feroz disciplina.

ciones que se producen permiten que algo se desprenda del cuerpo: sangre y piel. De hecho, esta palabra da cuenta del levantamiento del *corium*, del cuero, del pellejo. De este modo abren la carne, la exponen a la mirada y al dolor. Se desprenden de algo que funciona como barrera protectora, haciendo de la materia desprendible un objeto de fascinación en tanto que ya no está adherida al cuerpo. Arrebata la atención esa sangre que brota y corre y esa piel que se separa. La gente se pregunta de manera obstinada en la estupefacción de lo absurdo: ¿Qué ganan con eso? ¿Qué ganan con esa pérdida del pellejo, con esa pérdida de esta membrana coriácea? ¿Qué ganan con esta pérdida de sí que está lejos de reducirse a una asimilación al cuerpo martirizado de Cristo? Porque en este caso el joven es su propio verdugo. ¿En eso consiste su victoria? ¿En el hecho de erigirse en su propio verdugo castigando un cuerpo que nunca alcanza el ideal de perfección o es el culpable de lo que desborda los controles imaginarios del Yo presuntamente omnipotente?

Parte II

Lacri³ se sitúa de manera aparentemente contradictoria ante su cuerpo. Dice que su cuerpo siempre le ha gustado pero ha llegado a descuidar su imagen. Entre cuerpo y la imagen del mismo existe una distancia, una abertura, donde la inserción del estadio especular puede operar como mediador, como articulador. Cuerpo e imagen no coinciden, no es forzoso que coincidan aunque más de alguno así lo pretenda. El cuerpo provee sensaciones que incomodan su imagen o que no se acomodan a su imagen. Lacan señalaba como fundamento de la experiencia analítica la enorme dificultad “para captar lo más real de todo lo que nos rodea” (Lacan, 1957/1994, p. 222). Nasio (2008) sigue este planteamiento básico donde lo real siempre se capta interpuesto o superpuesto por mediaciones imaginaria y simbólica en lo que concierne al cuerpo en su propia densidad, en tanto rodea y envuelve al yo del sujeto. Establece lo siguiente:

---

³ En la segunda parte se abordan algunas cuestiones clínicas dilucidadas de dos casos: Lacri y Litzy, quienes colaboraron para el desarrollo de la investigación psicoanalítica en curso. En el presente artículo se hace mención exclusiva a dichos casos en su relación con la problemática del cuerpo.

“(…) nunca percibimos nuestro cuerpo tal como es sino tal como lo imaginamos; sólo lo percibimos fantaseado, es decir, envuelto en las brumas de nuestros sentimientos, reavivado en nuestra memoria, sometido al juicio del Otro interiorizado y percibido con una imagen que ya tenemos de él” (Nasio, 2008, p. 64).

El cuerpo que gusta es aquel que se expone al descuido, al maltrato, a los cortes, a las quemadas. Es el cuerpo expuesto en imágenes a la mirada del otro. Imágenes de dolor. La manera en que marca su cuerpo parece propia de un proceso de inscripción muy próxima a las grandes estigmatizaciones del siglo XVII donde “ces traits portaient la double empreinte d’un indicible martyre et d’un indicible bonheur”⁴ (Gélis, 2005, p. 58). Lacri se produce una de sus quemaduras con ocasión de una fiesta y no se pudo resistir a la *tentación*, como le llama, estando bajo los efectos del alcohol: “*era tanta mi felicidad que me la hice porque andaba contenta*”. Así como las estigmatizaciones se pueden datar, se pueden fechar de manera que tengan una historización, también Lacri impone la cifra del acontecimiento adherida a la cicatriz, a la llaga. Esa historización de su vida en cicatrices coloca a su cuerpo en el lugar de objeto que sirve para recordar los momentos más importantes de su vida. Desde su primera quemadura comienza el conteo de sus recuerdos, y la colección de aquello que se produce como consecuencia de tales quemaduras: las “*costras*” que desprenderá después de la cicatrización. Lacri valoriza los dolores que ella ha gestado como prueba de valor, de fortaleza. Se provoca quemaduras en las partes de su cuerpo que considera más bellas y apreciadas, que son aquellas donde sus músculos “*se marcan*” por la actividad física. Siendo éste el auténtico ejercicio de poder que ejerce sobre sí. Le gusta provocarse ese dolor-ardor. Degusta ese dolor. Ella manda y se manda en esa circunstancia. Se estatuye como Amo de su cuerpo, del dolor. A su hermana las cortadas en el cuerpo y el dolor la tomaron por sorpresa en un terrible accidente. Víctima terrible de las circunstancias. Pero ella no se ha cortado por accidente. Se corta porque quiere, y se quema porque eso le tienta. Pero el hecho de herirse en diferentes lugares del cuerpo, de provocarse un ardor que duele o un dolor que arde,

---

⁴ “Estos rasgos llevan la doble huella de un indecible martirio y de una indecible felicidad”.

nos conduce a esta participación de lo que Freud denominaba “Destruktionstrieb, Bemächtigungstrieb, Wille zur Macht”(Freud, 1924b/1999, p. 373). Es decir, se objetiva una voluntad de dominio, de fuerza pulsional, que exponiendo el dolor, y que exponiendo intensamente el cuerpo a una gran carga de dolor, robustece la imagen de un Yo, no tanto de la incorporación mística del Cristo martirizado, sino de un Yo que extrema su tolerancia a tal punto que, como se dice en términos profanos propios del ambiente del boxeo, “*se crece con el castigo*” que se inflige a sí mismo. Las quemaduras y los cortes son el signo eterno de la memoria y prueba de aguante del dolor, sea cual sea el tipo del dolor al que se someta.

Este concepto es instrumentado por Freud para injertar en los estadios eróticos el componente del poder, el componente de la posesividad sobre el objeto, el componente del odio. Así es como aparece esta “Bemächtigungstrieb” (Freud, 1905b/1999, p.93), previamente al estadio donde se instaura la diferenciación sexual suministrando lo que se concibe como “*grausame Regung*” -impulso cruel- a la pulsión sexual y que en principio, o antes de que se constituyan esos principios llamados diques anímicos, no se inhibe ante el “*Schmerz des anderen*” -el dolor del otro-. Es decir, antes de la experiencia edípica, el dolor del otro no detiene las mociones crueles de esta pulsión de apoderamiento, ¿y el dolor del cuerpo propio? Freud retomará esta pulsión y su derivación cruel al indicar la presencia en la organización sádico-anal de lo que designa como “*Bemächtigungsdranges*”, ímpetu de apoderamiento, el cual, en su afán de alcanzar el objeto y de poseerlo, no le importa dañarlo o destruirlo.

El movimiento pulsional del cual Freud propone una gramática en “*Triebe und Triebchicksale*” (1915b/1999, p. 231) indica una posible fase preliminar a la que marcará las posiciones activa del yo torturador de otro (sadismo) y pasiva del yo torturado por otro (masoquista). Esta antesala a la producción de dolor desde el yo para el otro, o desde el otro para el yo, producción de un “*Schmerzgenießen*” -gozar del dolor-, se atreve Freud propiamente a construirla (konstruieren) en función de los “*Bemühungen des Kindes, das seiner Glieder Herr werden will*” (Ibid, p. 222), de “los esfuerzos del niño que quiere llegar a ser Amo de sus propios miembros”. El Yo expuesto a las estimulaciones del mundo exterior, sometido al dominio del Ello a través de las pulsiones que disgregan lo corporal, de una moral tiránica a través del superyó, se propone subvertir

todo esto, revertir su condición de dependencia, y transformarse en dueño de su cuerpo, factor determinante de su entorno y conductor de su destino. Este Yo antes de ser sádico o masoquista es un Yo que se erige y se exalta como Amo de su cuerpo. Lacri distingue netamente los dolores que se provoca de los que provienen del cuerpo mismo, de los que son inherentes al proceso orgánico del cuerpo, a sus cambios y trastornos. El cuerpo espontáneamente sufre, está expuesto a contingencias. De hecho el cuerpo es así cambiante, independiente de la voluntad y los esfuerzos del Yo. Epicteto decía: “hay ciertas cosas que dependen de nosotros mismos, como nuestros juicios, nuestras tendencias, nuestros deseos y aversiones y, en una palabra, todas nuestras operaciones. Otras también que no dependen, como el cuerpo, las riquezas, la reputación, el poder (...)” (1998, p. 3). Pero también, y en tanto real, como diríamos siguiendo a Nasio (2006), el cuerpo no cambia, se mantiene inmutable, siempre igual. Por más que se lo corte, quemé o despedace, se mantiene imperturbable. Sigue siendo cuerpo con tales o cuales condiciones inherentes a su ser orgánico. El cuerpo ya está cortado de cierta manera. Los desafíos de la cirugía estética pasan por ahí, por intentar perturbar lo que parece imperturbable, alterar lo que se presenta como imposible de alterar. Numerosos intentos de mutación del cuerpo se han hecho en las últimas décadas, como en el caso de Orlan, una artista francesa que se ha propuesto “luchar contra el ADN” y “ofrecer al mundo la posibilidad de escapar de la prisión de lo físico”⁵, sometiéndose a lo largo de los años a múltiples cirugías plásticas para cambiar de forma y que su cuerpo ya no sea reconocido por otros como de ella, Orlan; dado que en su opinión, el cuerpo se ha quedado obsoleto. Sin embargo, y de acuerdo con el pensamiento de Nasio (2006), puede el cuerpo cambiar de forma, ser despedazado, cortado, llenado de implantes o modificado, pero sin embargo, sigue siendo cuerpo y conserva tal condición.

Freud explicita el carácter escénico del fantasma masoquista. Le da el sentido de “realen Veranstaltungen” (1924b/1999, p. 374) -organizaciones reales- del disfrute sexual. La temática del fantasma puesto en escena se delimita: “ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado,

---

⁵ Fragmentos de una entrevista a Orlan realizada por Corinne Sacca Abadi, el 15 de junio de 1997.

maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado. Es mucho más raro que dentro de este contenido se incluyan mutilaciones; cuando sucede, se le impone grandes limitaciones” (Freud, 1924/2006, p. 168). Sobre el cuerpo deben recaer todo tipo de vejaciones y torturas propinadas y proporcionadas por el otro. La mala voluntad del otro se debe ensañar con este cuerpo que se reducirá a piltrafa, a andrajo de cuero, “cette position de perte, de déchet, qui est représentée par a”⁶ (Lacan, 1969, 22:01:69). No sabríamos a qué clase de masoquismo adscribir a este joven que se corta el cuerpo, que se produce mutilaciones. Reedita en su acto y con su acto el acontecimiento traumático de su hermana cortada y deformada por el accidente automovilístico. Al realizarse cortes, se escenifica una identificación con su hermana el accidente que ésta sufrió, y con carácter de trauma, reproduce el accidente.

Litzy también reimprime en su cuerpo un suceso de *corte* traumático, al reproducir con sus cortes la experiencia de abuso sexual cometida por un pariente en su infancia. Se corta en el sitio mismo donde se ha seccionado su historia, en el lugar donde el otro intervino haciendo gravitar su goce. Sin embargo, no es el otro el que aparece ahora como agente de su padecer gozoso. Es ella misma la que abusa con sus cortes de un señorío sobre su cuerpo. Podríamos decir, siguiendo a Freud, que esta “Bemächtigungstrieb”, esta “pulsión de destrucción fue vuelta de nuevo hacia dentro y ahora abate su furia sobre el sí-mismo propio” (Freud, 1924a/2006, p. 171). Una suerte de imposibilidad de mostrar enojo hacia otros, seguida de un corte nuevo hacia ella misma, se hace patente. Pero es pensar que la pulsión se impone, impone su circuito de goce al Yo, cuando es éste el que con los cortes pretende hacerse valer como Amo de sus propios miembros. Hay un intento de reincorporar lo que pudiera situarse en el lugar del otro y de hacer disfrutable el dolor provocado por la experiencia traumática.

Alain Touraine señala que “el mundo moderno, que libera al individuo lo somete a nuevas leyes” (1993, p. 63). Exacto, una de las nuevas leyes es la del Individuo. El Individuo como Ley es aquel que se es más solidario con su cuerpo que con su comunidad: “Hoy Narciso es el

---

⁶ “esta posición de pérdida, de desecho, que es representada por a”.

símbolo de nuestro tiempo” (Lipovetsky, 2006, p. 27), asegura Lipovetsky, dando paso al Individuo como experimentador, experimentando con su propio cuerpo, siendo lo único que tiene por seguro, afirmándose como aquel que prescinde de otros, haciendo gala de su autodomínio (dominarse a sí mismo) sobre ese cuerpo que utiliza como lienzo para amar y odiar. Indiviso como sujeto hace de su cuerpo el terreno propio de sus dificultades con los límites. Cada corte supondría el establecimiento de una demarcación y una apuesta para ir más allá. Como Sloterdijk lo menciona, “el individuo moderno, en los experimentos que lleva a cabo consigo mismo, se toma la libertad de ponerse a prueba hasta rayar en los límites de la autodestrucción” (2003, p. 35). Mientras más arriesgada es la apuesta de corte sobre el cuerpo, es mejor, pues se concibe como muestra de dominio sobre sí. Socavada la idea de autoridad estos jóvenes de las escarificaciones ostentan la suprema autoridad sobre su cuerpo, sobre un cuerpo que no puede írseles de las manos. Tan pronto parece escaparse del control, tan pronto se descontrola se precisa un acto, un acto para ajustar las cuentas. Como en la anorexia con la cual llegan a hermanarse o combinarse las acciones de corte del cuerpo: “El peor enemigo del profesional que trata a una anoréxica es el goce que experimenta la paciente al domar su cuerpo y poder enorgullecerse de este dominio” (Nasio, 2006, p. 60). No hay vestigios de culpa, de un lastrado masoquismo moral, porque todo parece emprendido, por esta voluntad de empoderamiento y de doma del cuerpo. En la película de Guillermo Arriaga titulada “*The burning plane*” (en español, “Fuego”), la protagonista es una joven empeñada en olvidar su pasado: abandona a su hija, a su pareja, a su padre y hermanos, se va a vivir lejos de todo lo hasta ese momento conocido por ella, incluso cambia su nombre “Mariana”, por “Sylvia”. Intenta borrar su historia y se somete a un futuro incierto. Se corta los muslos de sus piernas, zonas para el consumo erótico, para el encuentro erótico con el cuerpo del otro. Se corta intentando suturar la herida de la culpa, o más bien cancelarla. Culpa que hace marca, e insiste en inscribirse, por haber matado en su adolescencia a su madre y al amante de ésta en el momento en el cual disfrutaban del acto sexual. Se corta y se castiga. Se castiga cortándose y gozándose en el empeño de un mal que trae pegado al pellejo. Cortando la carne intenta cortar su tormentoso recuerdo. No apela al Otro para el ejercicio de castigo, no busca

que el Otro sepa, juzgue y castigue su acto. Con su Yo cortador y castigador basta y sobra. Su Yo es bastante para el juicio y el castigo. Su Yo es Dios. Dios es suyo. Pero su Dios es tiránico, su Dios, como el de muchos adolescentes de las excoriaciones, es el totalitarismo de la imagen:

Desacralizando ornamentos de la piel, tatuajes y escarificaciones, utilizando todos los recursos de la cirugía estética, hombres y mujeres de Occidente ya no se conforman con la ropa e intentan la remodelación del cuerpo. Ya no es el cuerpo el que produce la imagen, sino la imagen la que fuerza al cuerpo y obliga, en nombre de un dios de ahora en más representado, a la semejanza, a una semejanza que ya no se conforma con el hábito, cuya talla y cuyos elementos se adoptan a todas las formas, pero lo exige de la carne, infinitamente modelada y vuelta a modelar (Hofstein, 2006, p. 57).

Al cuerpo le corresponde obedecer los excesos a los que lo someterá su amo, sin importar de qué se trate: hacerlo pasar por hambre o llenándolo de comida o cualquier otra cosa, insertando en él elementos extraños, privándole de los propios, o cortándolo. Creyéndose amo y señor de su cuerpo y demostrándolo en razón de los cortes sobre el mismo. Este Yo del individualismo prominente no advierte su funesta sumisión a los imperativos sanguinarios del superyó devenido o hecho imagen totalitaria. Eso no impide que se identifique en esa imagen la figura condesada proveedora de goce de la tentación y su inminente castigo. De modo que cada corte es a la vez arrebató del pecado y acto monumental de redención y castigo. Crueldad de deseo, crueldad punitiva.

Referencias

- Azpeitia, M. (2001). *Viejas y nuevas metáforas. Piel que habla. Viaje a través de los cuerpos femeninos*. Barcelona: Icaria.
- Barthes, R. (2009). *Fragmentos de un Discurso Amoroso*. México: Siglo XXI.
- Epicteto. (1998). *Manual y Máximas*. México: Porrúa.
- Freud, S. (1910b/1999). *Die psychogene Sehstörung in Psychoanalytischer Auffassung* GW. VIII. Frankfurt del Main: Fischer.
- Freud, S. (1905b/1999). *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*. GW. V. Frankfurt del Main: Fischer
- Freud, S. (1913-14/1999). *Totem y tabu*. GW. XIX. Frankfurt del Main: Fischer.
- Freud, S. (1915b/1999). *Trieb und Triebchicksale*. GW. X. Frankfurt del Main: Fischer
- Freud, S. (1924b/1999). *Das ökonomische Problem des Masochismus*. GW. XIII. Frankfurt del Main: Fischer.

- Freud, S. (1893/2006). Charcot. En *Obras Completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905a/2006) Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910a/2006). La Perturbación Psicógena de la Visión según el Psicoanálisis. En *Obras Completas*, vol XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924a/2006). El Problema Económico del Masoquismo. En *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1939/2006). Moisés y la religión monoteísta. En *Obras Completas*, vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gélis, J. (2005). Le Corps, L'Église et Le Sacré. En *Histoire du Corps*, 1. Paris: Seuil.
- Hofstein, F. (2006). *El Amor del Cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hoffmann, E.T.W. (1817/2007). *El hombre de Arena*. México: Factoría.
- Lacan, J. (1960-1961 /2004). La Transferencia. En *El seminario. Libro 8*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1954/1994). La relación de objeto. En *El seminario. Libro 4*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1968-1969/2006). D'un Autre à l'autre. En *Le séminaire. Livre XVI*. Paris: Seuil.
- Lipovetsky, G. (2002) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Magaña, A. (Trad. Pbro.) (1983). *La Sagrada Biblia*. México: Ed. Paulinas.
- Nasio, J.D. (2006). *Los Gritos del Cuerpo, Psicósomática*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J.D. (2008). *Mi Cuerpo y sus Imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Sloterdijk, P. (2003). *Experimentos con uno mismo*. Madrid: Pre-textos.
- Touraine, A. (1993). *Crítica de la Modernidad*. Madrid: Temas de Hoy-Ensayo.